

A modo de introducción: en amistad a Tomás Calvo

La amistad perfecta –por tanto, la amistad auténtica, la que merece tal nombre– es aquella que *se basa en la excelencia*, en la virtud, y en la cual el amigo *es querido por sí mismo*. Ambos rasgos se dan unidos, según Aristóteles.

«La concepción aristotélica de la amistad»

T. CALVO MARTÍNEZ

Tuve la dudosa suerte de iniciar mi labor docente teniendo que sustituir a Tomás Calvo en sus clases de filosofía antigua. Por entonces acababa de incorporarme como Ayudante al Departamento de Filosofía III de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, y mi formación investigadora estribaba en el Idealismo Alemán. El primer cometido que me encargó el entonces Director fue sustituir al Catedrático de Filosofía Antigua durante las cuatro semanas que estaría ausente por formar parte de un tribunal que había de resolver una plaza con muchos candidatos. Fui al despacho de Tomás Calvo, a quien no conocía hasta entonces personalmente, con el fin de que me indicase la parte del programa que me correspondía impartir, y lo primero que hizo fue ofrecerme asiento, algo nada habitual en aquellas circunstancias para un joven recién llegado desde otra universidad. Se trató de un gesto con un gran significado para mí: estaba dispuesto a escucharme y hablar, así como a dedicarme el tiempo que fuese preciso. En relación con la tarea que me había sido encomendada de sustituirlo, creo que debió de suscitarse en él, primero, la compasión, pues me dio a elegir entre Platón y Aristóteles, e, inmediatamente a continuación, la generosidad, pues me aconsejó que optase por el más sistemático, aunque pareciese más difícil: Aristóteles. Me leí sus prólogos a las traducciones de la *Metafísica* y de *Acerca del alma*, y empleé como manual su libro *Aristóteles y el aristotelismo*, pero nunca he experimentado con tan intensa angustia el efectivo abismo entre la palabra escrita, la suya, y la hablada, la mía, algo que tantos recelos le generaba a Platón: ni un

ápice de la claridad expositiva de sus textos quedó plasmada en aquellas embarulladas clases. Desde entonces han transcurrido más de veinte años en los que se ha labrado lo que me atrevo a denominar «amistad» y en los que he ido experimentando una de las virtudes que tiene Tomás: helenizar a quien le rodea.

El ser de Tomás es griego, podemos decir que es el de un castellano helénico: hombre de tierra interior con apertura a un mar cerrado que genera proximidades entre las distancias.

Tomás ha helenizado durante décadas a los estudiantes universitarios de filosofía de las universidades de Granada y Complutense de Madrid. Aunque impartía seminarios de doctorado, siempre escogía también el grupo más numeroso del primer curso de los nuevos estudiantes con el fin de introducirlos no solo en la filosofía antigua sino también en la filosofía misma, porque estaba convencido de que para acceder a esta había que hacerlo por el modo mismo como se constituyó, por los griegos y según los griegos. Además, para aquellos estudiantes que se movían con cierta soltura en el griego clásico, impartía un seminario de prácticas con la lectura de textos filosóficos en su lengua original, algo similar a lo que hacía, a otro nivel, con los de doctorado. Los estudiantes experimentaban así su acceso a la filosofía a través del proceso helenizador de Tomás Mariano Calvo Martínez, que es su nombre completo, pero al que conocían y conocen mayormente como «Tomás Calvo».

Los compañeros que lo hemos tratado tampoco hemos podido ni querido resistir este proceso: unos hemos adquirido lo helénico de él, otros, los que ya lo poseían previamente, lo han compartido y enriquecido con él.

¡Griego antiguo!, claro está. Tomás exige incluso a sus propios estudiantes griegos leer a Platón y Aristóteles con la fonética del griego de entonces. Lo mucho que admira y le seduce de la Grecia actual es el mundo clásico aún presente en sus montañas, sus islas, su lenguaje, sus restos monumentales y sus personas; de todos ellos habla con pasión, cariño e inteligencia. Somos legado de los griegos, y Tomás disfruta descubriendo e identificando en cada detalle de nuestras vidas esa herencia. Si los que le apreciamos notamos en él últimamente cierta frustración y tristeza, sabemos que se debe a que percibe que el mundo actual está dejando de ser, en gran medida, clásico; es una sociedad sin *areté*, sin la excelencia de la virtud. Es cuestión de debate cuándo arrancó la modernidad, si en el siglo XVII con Descartes, en el XIII con Santo Tomás, o incluso en el VI a. C. con Parménides, pero de lo que no cabe duda es de que su realización está teniendo lugar en el XXI. Y aunque todos ellos creían ser modernos, tenían

espíritu clásico; el mundo actual es en el que ya no se reconoce un heleno antiguo, aunque estemos plagados de palabras de aquellas lenguas clásicas: ni en la práctica política, ni en la enseñanza, ni en el concepto del saber, ni siquiera en las relaciones humanas más inmediatas.

La relación humana helénica por excelencia es la amistad; también ella escasea en la actualidad. No por casualidad es este uno de los temas de los que se ha ocupado Tomás, y ha defendido en conferencias y artículos el concepto aristotélico de amistad frente a su desarrollo moderno por otros autores. La verdadera amistad solo es posible en una relación inmediata entre individuos: no se puede establecer esta relación mediada por la afición a un objeto o a una actividad como tampoco entre un conjunto de personas mutuamente anónimas o con un ser vivo incapacitado para la voluntad racional y el lenguaje, ambos elementos requeridos para reconocer y expresar la elección mutua que requiere el lazo de amistad. Las redes sociales son una prueba del deterioro y la perversión actuales de la amistad: lo son a distancia, aprovechando el anonimato cuando no incluso el ocultamiento o disimulo individual y, en ocasiones, forjadas por la admiración común o mediadas por un objeto u otra persona con la que tampoco hay trato personal; ahí no encontraría un heleno la verdadera amistad. Tampoco la encontraría en la sumisión, la lealtad y la compañía que puede prestar un animal doméstico, pues la amistad es entre personas, entre seres humanos, y resulta de una elección mutua, no de una pasión o del cariño o incluso del temor. Entre los tres tipos de amistad que distingue Aristóteles, una es la perfecta, aquella en la que se elige al amigo por él mismo, no así por lo que nos puede aportar, ya sea placer o utilidad, y que, como hemos señalado, debe resultar de una elección recíproca en virtud de lo que cada uno reconoce en el otro, su excelencia.

Pero además de investigarla, Tomás ha practicado en su vida la amistad. Él ha tenido y tiene muchos colegas y discípulos, pero lo que ha hecho son amigos; somos los que le llamamos «Tomás». Si bien comienza su relación helenizando con Platón y Aristóteles, el proceso interpersonal solo lo da por concluido y afortunado si fragua la amistad. Esta culmina con Tomás en una situación muy propia del mundo griego y cuyo término dio título a un diálogo de Platón, *sympósion*: como mejor se despliega la amistad con Tomás es en una comida y su sobremesa acompañadas de buen vino y en cordial diálogo filosófico entre los presentes. Quienes nos hemos sentado alguna vez a su mesa, sabemos lo que esto supone y significa.

Y allí donde él ha estado, allí ha hecho y mantiene amigos, que son los que se han prestado a reunir sus contribuciones en este libro para rendir

homenaje a esa amistad: los hay de las facultades de Filosofía y de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, tanto los amigos que labró en su época de estudiante y profesor ayudante entre compañeros y profesores, como los nuevos que luego hizo en sus años de Catedrático; están los que forjó en su estancia como *fellow* en la Universidad de Harvard; los que hizo también en la Universidad Central de Barcelona; y no podían faltar los de la Facultad de Filosofía y Letras de su siempre añorada Granada, en cuya Universidad también ejerció de Catedrático. Igualmente están los que ha hecho en las asociaciones de las que forma parte y cuyos socios le han manifestado su estima nombrándolo en algún momento presidente: el *Institut International de Philosophie*, la *International Plato Society* y la *Sociedad Ibérica de Filosofía Griega*.

Una de las suertes de la amistad, así como su prueba más verdadera, es que entre amigos la mera iniciativa de uno rinde inmediatamente frutos entre los otros cuando se propone un bien, ya sea común o ya sea en favor de uno de ellos; por este motivo me bastó con proponer la elaboración de esta obra para contar con la inmediata colaboración de quienes firman los artículos que la constituyen. Y como en todo círculo de amigos, siempre los hay que pueden prestar mayor ayuda según el asunto del que se trate; a algunos de ellos acudí entonces para el fin que me proponía y sin cuya colaboración esta obra no hubiese sido posible: a Francesc Casadesús, por entonces Secretario y actual Presidente de la *Sociedad Ibérica de Filosofía Griega*; a Álvaro Vallejo, Director del Departamento de Filosofía II de la Universidad de Granada; y a Catherine Champniers, Secretaria del *Institut International de Philosophie*. Y debo un especial y destacado agradecimiento a Alberto Bernabé, Catedrático de Filología Griega, e Ignacio Pajón, Profesor de Filosofía Antigua, de las respectivas facultades de Filología y de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, quienes se prestaron a ayudarme en la composición editorial de este libro y son coeditores científicos del mismo; sin su generoso trabajo, la amistad común no hubiese fructificado. Y merece también aquí un entrañable recuerdo por lo que ella ha significado para Tomás su esposa y compañera de proyecto de vida en común, Maite, que no pudo ver el libro concluido, pero quien, con toda su ilusión y complicidad, me prestó su colaboración para llevar este trabajo a buen fin.

Los amigos de Tomás han hecho posible esta obra que repasa la filosofía griega y su transcurso en el tiempo. Una forma de pensar, la de aquellos griegos, que nos puso en el camino de ser lo que somos, lo que la hace, por eso mismo, siempre actual, y que, además, quizás resulte más necesaria y

conveniente en estos tiempos de inquietud desconcertada que tanto nos aleja de la *ataraxia*.

La filosofía griega es un pensamiento con actualidad que, sin embargo, no siempre ha estado con su presente; de hecho, el inicio de importantes periodos históricos ha coincidido con un momento de innovación, de actualización en el estudio del mundo griego. Y a pesar de lo que generaciones más jóvenes pudieran pensar, la filosofía antigua tuvo que actualizarse también en nuestro tiempo, especialmente, en España, país que todos sabemos que tuvo un importante retraso hasta décadas recientes en el ámbito científico, tanto en las ciencias naturales como en las humanas. Tomás ha contribuido entre nosotros a llevar a cabo los procesos de modernización hermenéutica de la filosofía griega, esos que logran que un texto pasado resulte actual en un nuevo presente, como lo hicieron también los humanistas en su momento. De hecho, de la transformación que sufrió la investigación sobre la filosofía griega en España a lo largo del siglo xx hemos querido recuperar en este libro un artículo del propio Tomás, «Ayer y hoy de la Filosofía Griega en España», para dar a conocer esta circunstancia. En él repasa las condiciones en las que se formaron en su momento los jóvenes investigadores en filosofía griega, el cambio hermenéutico que introdujeron y que suponía una ruptura con el pasado, y el abismo que Tomás siempre quiso evitar, el que separaba a los filósofos y a los filólogos que se ocupan del mundo clásico.

Sin contar con Tomás, pero gracias, justamente, a Tomás, ha sido posible reunir este elenco de destacadas figuras de la investigación filosófica, tanto nacionales como internacionales, para componer este libro. Y es que otro rasgo de Tomás, fruto de quienes practican la amistad helénica, es su capacidad para reunir e integrar personas.

Tomás ha logrado, por ejemplo, tener amistades de dos campos científicos que, incluso compartiendo similar objeto, como hemos señalado, no siempre han sabido colaborar adecuadamente, como son los que trabajan en filosofía antigua y los que lo hacen en filología clásica. La gestación de su propia tesis doctoral, dedicada a Parménides, la realizó bajo la tutela del más importante Catedrático de Griego así como del de Metafísica de la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, integrando ambos campos. Resultado también, justamente, de esta capacidad integradora ha sido la *Sociedad Ibérica de Filosofía Griega*, de la cual me atrevería a decir que es una de sus grandes últimas hechuras y a la que le profesa un especial afecto porque no solo su objeto sino también su carácter atiende, justamente, al de Tomás. A nuestra cultura

española reciente, y quizás también al mundo contemporáneo, le resulta cada vez más extraño el asociacionismo científico que busca el intercambio dialogado de ideas; con frecuencia, entre nosotros, las asociaciones, incluso cuando lo son de objetos científicos, se reducen a instituciones administrativas para defender intereses corporativos y organizar, en todo caso, magnos congresos que faciliten intercambios personales. Esa *Sociedad*, en cambio, tiene como objetivo el diálogo científico permanente entre sus asociados, y así lo practica desde su constitución con reuniones periódicas; es una sociedad científica que calificaríamos de seria. Porque para Tomás, lo prioritario en la ciencia es la seriedad; si algo detesta es la impostura científica, se encuentre donde se encuentre y sea bajo la forma que sea: en una tesis doctoral, en una conferencia, en una asociación o en la misma enseñanza universitaria. La *Sociedad* adquirió los rasgos de Tomás: no tiene un fin corporativo sino científico; integra con igual afecto a los colegas de España y de Portugal, donde alternan sus sucesivas reuniones; vincula reconocidos investigadores con aquellos jóvenes que han demostrado estar a la altura exigida; invita a colegas internacionales para entablar el diálogo científico con los socios; y esas reuniones concluyen siempre con una comida, en cuyo marco de proximidad continúa el debate y se practica la amistad.

La capacidad integradora de Tomás se muestra también en lo que atañe a las distintas épocas y las diferentes tradiciones filosóficas. Como decía, la investigación hermenéutica reciente ha demostrado la actualidad y necesidad de la filosofía griega y su virtud para resultarnos después de siglos todavía presente, algo que es posible por la cualidad de aquello que produjeron los filósofos griegos: unas ideas que resultan permanentemente actuales, que serán perennes mientras haya una sociedad humana que genere pensamiento y busque ser moral. Y, en efecto, no se haría justicia a lo que Tomás ha significado en la enseñanza universitaria y en la investigación filosófica si el lector de este prólogo se forjase la imagen de que solo fue un admirable profesor e indagador de la filosofía griega; si de su imagen se tratase, de hecho, estamos convencidos de que, fuera de los ámbitos estrictamente académicos y universitarios, la suya está y estará férreamente ligada durante mucho tiempo a la de coautor de los manuales de Filosofía y de Historia de la Filosofía de bachillerato, aquellos con los que varias generaciones de estudiantes de secundaria se han forjado la idea de lo que es la filosofía y su configuración histórica y han leído a sus protagonistas.

Porque otra de las virtudes de Tomás, de la que hemos gozado quienes hemos asistido a sus clases, escuchado en conferencias y leído sus trabajos,

es la claridad expositiva que acompaña a la sistematicidad en sus ideas y el rigor en los hechos; sus textos son claros, sistemáticos, exactos y precisos. Tanto como la impostura científica molesta a Tomás el rebuscamiento literario innecesario, el desorden en la exposición, la superficialidad en la indagación y la improvisación en el tratamiento de los textos. Él practica de modo ejemplar lo que Ortega consideraba la «cortesía del filósofo», esa exigencia para que la filosofía pusiese «su honor en estar abierta y porosa a todas las mentes» y no interpusiese «entre el tesoro de sus descubrimientos y la curiosidad de los profanos el dragón tremebundo de su terminología hermética».

Y desde ese trasfondo permanente de la filosofía griega, Tomás ha estado siempre atento a la actualidad filosófica, procediese de la tradición de la que lo hiciese, ya sea la anglosajona –en la que incluimos la norteamericana–, la francesa o la alemana. Una más de las virtudes científicas de Tomás es la de haber integrado en su formación, su saber, sus enseñanzas y sus relaciones esas tres grandes tradiciones filosóficas. Y por ello mismo, él ha podido propiciar el conocimiento y el debate directo con destacados filósofos de todas ellas. En Granada organizó un simposio –en el sentido científico ya moderno del término– sobre el pensamiento de Quine, así como otro sobre el de Apel, y también sobre el de Ricoeur, y facilitó la presencia de ellos mismos en esos congresos para propiciar el debate en una doble dirección, para que los españoles pudiésemos debatir con ellos a la misma altura y para que ellos conociesen la seriedad filosófica alcanzada por España a finales del siglo xx. Y en la Universidad Complutense logró reunir a miembros destacados de la filosofía mundial como Hintikka, Aubenque, Ricoeur, Berti, etc. al amparo del *Institut International de Philosophie*, para debatir sobre Historia Conceptual. De hecho, Tomás ha dirigido casi tantas tesis doctorales sobre autores modernos y contemporáneos como sobre antiguos. Tomás ha investigado sobre el principio de razón suficiente de Leibniz, sobre la filosofía de Heidegger, así como sobre Descartes y Ortega; ha promocionado entre nosotros el estudio de Quine; ha debatido públicamente con Ricoeur; y le es más que familiar la pragmática trascendental de Apel. Como hombre clásico, le entristecen los resultados que la especialización científica ha supuesto para la misma historia de la filosofía y que ya en su momento denunciaba Ortega; el historiador de la filosofía no es filósofo, y queda en mero historiador, cuando no se ha adentrado en todas las épocas de la filosofía y sus diversas corrientes. Por esto no se hubiese sido cabal ni con la filosofía griega ni con Tomás Calvo si hubiésemos restringido este libro a colaboraciones sobre el pensamiento